

137A-7 R-2540.-

CG
4256

QUEPÉON

137A-7

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55.

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 18 DE JUNIO DE 1905

NUM. 499



PRESENTIMIENTOS

—¡LO QUE SOMOS!

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA 39 Y 41. ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55, MADRID. HORAS DE DESPACHO DE 2 A 5. ☞ ☞

CEPEÓN

EX DIPUTADO A CORTES
POR MADRID

SUSCRIPCIÓN POR CADA TRIMESTRE: ESPAÑA, UNA PESETA. EXTRANJERO, 1,50 FRANCO. PAGO ADELANTADO. ☞ ☞

ANUNCIOS INCOBRABLES



LA HELADORA

GRAN FÁBRICA DE MAYORIAS

PROVEEDORA DE LA REAL CASA

PLAZA DE LAS CORTES, MADRID

Deseando esta casa corresponder á la confianza de la Corona, y para que consten siempre la absoluta pureza y condiciones de insalubridad del hielo ministerial que en ella se fabrica, ha mandado analizar éste, recogido de los bancos inmediatamente posteriores del azul, obteniendo el siguiente resultado, según certificación de 14 de Junio de 1905, que tenemos á disposición del Sr. Villaverde.

CARACTERES: Maurista, inodoro, incoloro é insípido.

DATOS ANALÍTICOS: No contiene señales de asentimiento.

No contiene votos favorables.

CALIFICACIÓN: Esto se va por la posta restante.

Se invita al público visite esta fábrica. Se sirven Ministros congelados á domicilio, desde 10 kilos en adelante, á céntimo el kilo.

SOLUCION FRESQUEZ

— RAIMUNDANA —

2 PESETAS FRASCO

Con corteozotal,

alixcerofosfato,

ugartol

y cobiaína.

Unica que cura verdad los impuestos crónicos y la tuberculosis del bolsillo.

De venta en todas las farmacias y en casa del autor,

PEZ, 69. BOTICA

Abierta toda la noche.

SE COLOCAN CAPITALS

en asuntos verdaderamente desastrosos, al plazo que menos se desee, obteniéndose seguro un buen desembolso rendido por trimestres de contribución.

DINERO sobre fincas, censos vitales, propiedades, resguardos, sueldos más ó menos inamovibles, al comercio, sobre inmuebles y coches, etc.

VENTA Y LIQUIDACIÓN DE CUANTO SE POSEA; todo gracias al nuevo presupuesto.

R. FERNÁNDEZ

A todas las horas del día y de la noche.

LA SAL DE CEREBROS

se emplea como la sal común, pero además presta á los ministros cualidades inapreciables, según puede comprobarse en el señor García Alix. Su aspecto delicado (no el del Sr. García Alix, sino el de la sal) ha hecho que todo el mundo elegante de París, Londres y Nueva York la emplee exclusivamente para la mesa de noche, sobre todo. Justifica su mérito excepcional el no haber sido empleada la sal de Cerebros para la ensalada villaverdista, que se ha indigestado al público.

De venta en todos los principales almacenes de comestibles. Depósito: Marqués de Ibarra.

NADA TEMA

Vivirá muchos años, á pesar de sus discursos parlamentarios, intestinos, etc., de cuanto han hecho y probado, tomado sin resulta lo, y de cuantas calamidades mauristas le aflijan, si tiene en su mesa el gran licor **LENGUA RICA** (prolongación de la existencia): reanima y fortifica el cuerpo y alegra los sentidos. Despachos: en colmados y otros establecimientos públicos. La interesante **Hoja de parra**, que recibirá gratis, es guía segura para su gobierno. Pídala, **PROVIDENCIA** (si la hay, y si no, tienda de gomas).

JUEVES DE GEDEÓN



Hum, hum, Calínez; vaya unas sesiones de patio de vecindad que estamos disfrutando!

—¡Hum, hum, Gedeón! esto se ha puesto más feo que el marqués del Vadillo.

—¡Hum, hum, Calínez! la dignidad política no se conoce ya en España.

—¡Hum, hum, Gedeón! en cambio, los grandes retóricos como Maura se pasan con todos sus latiguillos y desplantes al género chico, emporio y amparo de la chulería barata.

—Hombre, ¡maldita la falta que hacía para esto que se abrieran las Cortes!

—No; el que se ha abierto, por fin, ha sido Villaverde.

—¡Vaya un Gobierno con todos los pañales sucios en el banco azul!

—¡Vaya un Maura bravucón y perdonavidas de la calle del Tribulete!

—¡Qué falta de *cutis* en el Ministerio!

—¡Qué manera de *madrugar* la de D. Antonio!

—¿Y eso es el partido conservador? Pues bueno está el partido conservador.

—Habrá que llamar á la interina.

—¿Quién es la interina?

—¡Quién ha de ser! D. Marcelo; la tranquilidad del hogar en los conflictos domésticos. ¿Que se marcha la cocinera? Llamamos á Azcárraga. ¿Que se despide la doncella? Que venga Azcárraga. ¿Que hay que fregar los presupuestos? ¡Eh, D. Marcelo!

—¡Cuán útil resulta, amigo mío, un general que sabe rezar fervorosamente el rosario!

—Lo malo es que, según parece, la interina se resiste ahora á prestar sus servicios.

—¡Cómo estará la casa!

—Y no consiente que le cuelguen de la grúatitán, que solía transportarle á la Presidencia del Consejo de Ministros.

—Y entonces ¿qué haremos, Gedeón?

—¡Hum, hum, Calínez! ¡Como no nos dediquemos á reventar asnos!

—Pero eso podrá ser un deporte sencillito, atractivo y amable, si tú quieres; pero eso no es un Gobierno.

—Ciertamente; es todo lo contrario.

—Y yo insisto en mi pregunta: si Villaverde cae y la interina se pone tonta, ¿quién nos va á

governar mientras los liberales se dignan aceptar la regia confianza?

—¡Hum, hum, cualquiera lo sabe! Dime, ¿y por qué no *quedará* Montero Ríos hacerse cargo del Poder?

—Porque si al formar Gobierno no tiene ya unos presupuestos aprobados, se constipa.

—¿De modo que necesita, para ir á la Presidencia, los presupuestos aprobados y los burletes puestos?

—Caballito.

—¡Qué hombre más exigente!

—Sus catarros le autorizan á todo. ¿Tú sabes lo que gasta en pañuelos cuando empieza á estornudar? ¡Para eso sólo necesita que le aprueben los presupuestos!

—Sea, me has convencido. Entonces, puesto que Maura dispone de la mayoría y además tiene á medio aprobar los presupuestos nuevos que confeccionó Osma con sus cacharros viejos, lo lógico, lo natural, lo parlamentario sería que volviese Maura á constituir Gabinete, y aquí no habría pasado nada.

—Sí, eso sería lo lógico, ¿quién lo duda? pero sería además un disparate. ¿Maura otra vez? ¡Se perderían las cosechas!

—Y luego, ¿qué dirían los lores de nosotros?

—Es verdad, con esos pujos de liberalismo que les disparó Villaurrutia á última hora, é inmediatamente entregar el Poder al hombre más neo y más reaccionario de España, ¡bonita conclusión para el viaje regio de los vientos europeos!

—Sí, reconozco que ese final estropeaba todos los vientos de la feliz expedición, y sería una lástima, porque los éxitos políticos de éste son incontables. Apenas salió Villaurrutia de París, se deshizo el negocio de Marruecos, objeto principal de nuestra visita á la hermosa ciudad francesa. De los otros asuntos que nos llevaron á Londres, parece que tampoco hay nada; de modo que si después de haber paseado las tres lenguas por Francia é Inglaterra, sin más resultado práctico que el mostrarnos algo liberales entre las gentes de fuera, volvía el neísimo Maura al Poder apenas nosotros nos hubiéramos sacudido el polvo del viaje, ¡quedábamos lucidos los españoles!

—Nada, que me preocupa extraordinariamente la situación política. Me parece como una enmarañada y temerosa red de callejones.

—¡Caramba, si hubiese siquiera callejones! pero ni eso. Ni Maura con todas sus bravatas, ni Villaverde con toda su famosa leyenda, saben á qué huelen los callejones.

—Generalmente, mal.

—Pero huelen, y aquí se ha perdido ya hasta el olfato.

—No digas tal cosa, Gedeón amigo. Nuestros

hombres públicos son algo deficientes todavía, pero no se puede negar que progresan.

—¿Dónde están esos progresos?

—Verás tú. D. Raimundo declaró días pasados en el Congreso, que la otra vez que fué presidente abandonó el Poder porque se le antojaba que le era hostil la mayoría conservadora.

—¿Y qué?

—Que ahora, según dijo también, no se va hasta que la misma mayoría le demuestre su hostilidad pateándole. Ahí tienes un progreso; antaño se contentaba D. Raimundo con que sus correligionarios le volvieran la espalda; hoy exige terminantemente que le zurren. ¡Si eso no es un progreso, que venga Dios y lo vea!

—Efectivamente, es un progreso. Pues, mira, otra vez que forme Ministerio Villaverde (si tiene cuerda para tanto), ya no se contentará con que los mauristas le vuelvan la espalda, como en tiempos pretéritos, ó le zurren, como hoy: exigirá, además, que le den, salvo la parte, un golpecito postrero. En suma, el progreso de nuestros hombres públicos es indubitable.

—Yo le encuentro, tal vez, demasiado rápido. En muy corto tiempo hemos pasado de aquellos políticos puntillosos, quijotiles, á lo Cánovas, que arrojaban todo por el balcón apenas veían un gesto despectivo de sus correligionarios, á estos otros excelentes burgueses, con el cuero curtido y la dignidad embreada, que con tal de seguir mandando soportan los azotes públicos que quiera adjudicarles Maura, ese corchete vapuleador que hoy rige el cotarro parlamentario. Únicamente he visto en el Gobierno de Villaverde dos personas rehacias á que les alcen los faldones: el difunto Lacierva y el rebelde Besada. Con todos los demás; incluso D. Raimundo, juega á su antojo el elocuente retórico balear, sabiendo de sobra que por mucho que les azote y les pellizque, ellos, con la nómina en la boca, no se han de dar por enterados ni molestos. ¡Figúrate los azotes á cara pajarrera que habría de recibir el marqués del Vadillo para que soltase su medio Ministerio!

—¡Un horror! ¡Y qué cosas se descubrirían!

—Sí, sí: el edificio de Atocha tiene fortuna. A un lado, Vadillo; al otro, Cortezo.

—En medio debería de estar Picio. A propósito, ¿qué es del doctor de Instrucción pública?

—Ése ya ha hecho todo lo que tenía que hacer en el Gobierno. Visitó á Silvela, quien, naturalmente, falleció, y él se ha hecho retratar al óleo, luciendo un clavel en el ojal de la levita.

—¡Cómo compadezco á esa pobre flor, condenada durante largos años á verse en el ojal de Cortezol!

—Después de haber contribuído al triste acontecimiento que todos lamentamos, y una vez dueño de su retrato florido, el hombre descansa lo mismo que Ugarte y llena un hueco.

—¡Los que ha llenado ya desde que firmó su primera receta! Pero, mira, Gedeón, hablando de estas menudencias nos olvidamos de lo principal. ¡Sabe Dios si para estas horas habrá caído ya

Villaverde y nosotros estaremos haciendo mucha falta en ciertas regiones! Si Azcárraga no acepta el Poder y Rodríguez San Pedro se ha oído á sí mismo un discurso y está amodorrado por tres meses, tú podías ser una solución. Ponte, pues, la levita, sin Cortezo en el ojal, y vámonos por esas calles á ver si te dicen: «Pasa, moreno».

—Bien discurre, Calínez; yo podía ser una solución; pero ¿con qué fuerzas contaría?

—No te preocupes por eso; ahora se estilan Gobiernos sin fuerzas propias. Aparte de que me tienes á mí, á nuestro impopular semanario y á Vadillo y á Ugarte, que entran con todos.

—No me parece mucho. Yo desearía un partido.

—Ya no hay partidos políticos. ¿Ves que á Maura le han ofrecido una jefatura? Pues no es la jefatura de su partido, sino de un libro mercantil. «Carga y Dato.» No tiene más á su disposición; lo que él nos carga á todos, y Dato, que no sabía donde sentarse para que le afeitaran y le rizasen el pelo. Anda, hombre, que puedes llegar tarde.

—¿Pues quién se me había de adelantar?

—El marqués de Pidal, que es el interino de la interina, ó sea el interino de Azcárraga, y mucho más Gedeón que tú. ¡Corre, que ha visto otra Presidencia y otro sueldo!



EN EL CONGRESO

IMPRESIONES DE UN ABONADO

A TRIBUNA PÚBLICA EL MIÉRCOLES PASADO

Ya estamos aquí otra vez, vecino... Sí, señor, sí; tantos meses sin Cortes, le hace á uno adelgazar una barbaridad. Y lo malo es que con lo que se prepara no vamos á tener tiempo de coger muchas carnes. ¿Ha visto usted qué Gobierno tan triste y tan patoso? Todos tienen cara de conejo; vea usted: Villaurrutia parece un conejo hembra de los más fecundos; González Besada un gazapo de los que se le escapan á D. Raimundo cuando va á cazar ó cuando viene aquí á que le cacen á él. Ya verá usted lo que tarda Maura en apiolarle. ¿Ve usted? Ya está diciendo que va á justificar su tardanza en abrir las Cortes. ¡Pobre D. Raimundo! ¿Cuándo se le ocurrió á Cánovas venir aquí á justificar nada? Empezaba bufando desde luego, y boca abajo todo el mundo. Este bufa también... sólo que es él quien queda boca arriba. ¡Adiós, ya se le ha escapado el primer descorchel! ¿Oyó usted? «A fines de Diciembre, cuando se hallaba en el Poder mi elocuente amigo el Sr. Maura.» Es lo que sucede siempre: sin querer, mentamos lo que no tenemos. Ello es, según D. Raimundo, que consideró necesario hacer un presupuesto de reconstitución... y naturalmente, lo más necesario para la reconstitución era echar la Constitución sin re por la ventana y cerrar las Cortes. Ahora trata de convencernos de que, en todos estos meses, él y los otros ministros no han hecho más que estudiar. ¡Carape, y pensar que les van á dar calabazas en Junio!... Pero eso debe de ser un infundio,



CONFERENCIA INTERESANTE

VILLAURRUTIA.—¿PUEDO IR A CASA A SACUDIRME EL POLVO...?

VILLAVERDE.—¿PARA QUE? YA NOS LO SACUDIRAN EN EL CONGRESO.

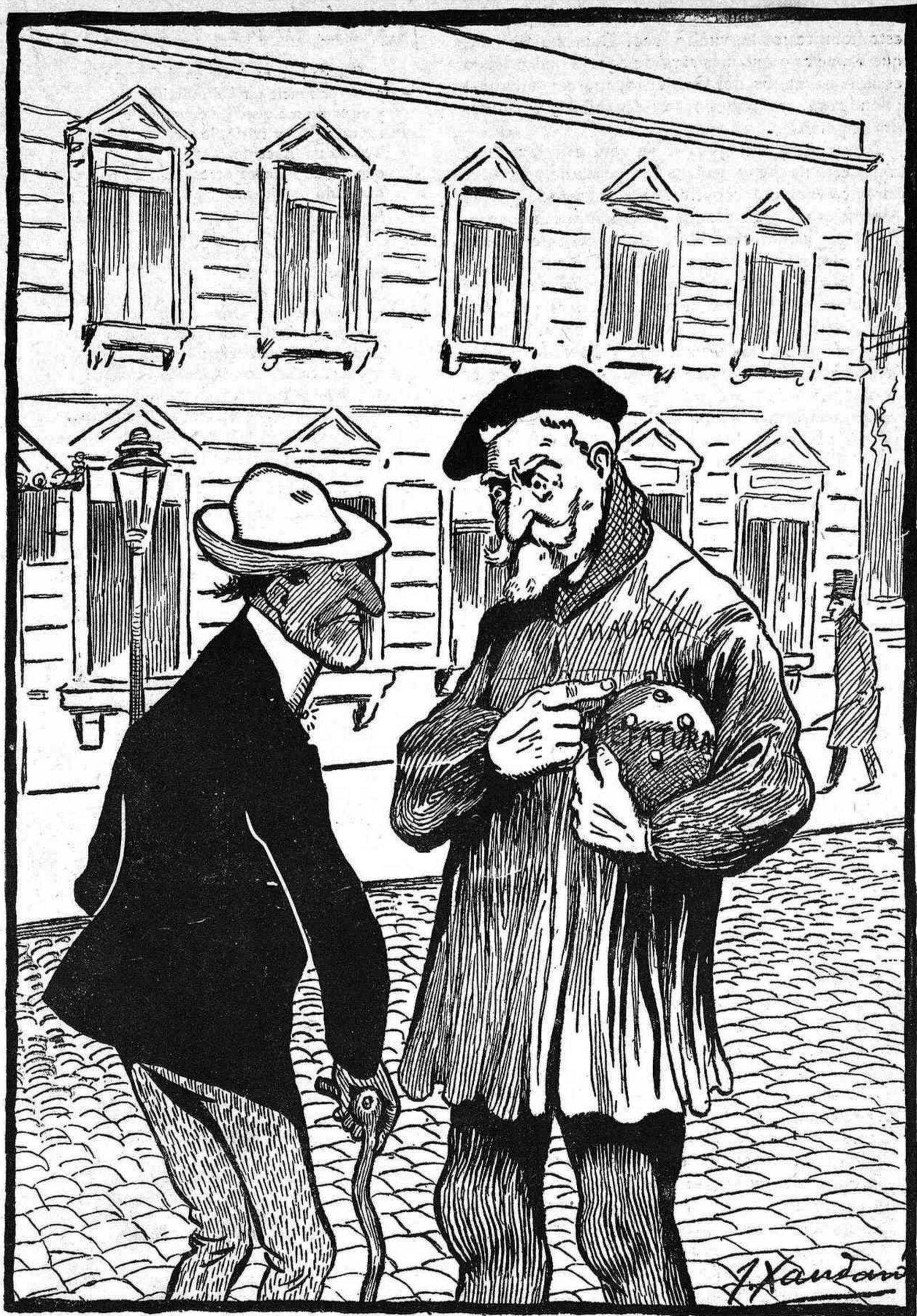
porque, mire usted, de todo tiene cara García Alix menos de haberse pasado ni quince días estudiando; y lo que es á Cobián tampoco le han mortificado las vigiliass... Bueno, lo que no está nada claro es la explicación que ha intentado hacernos sobre la crisis de Azcárraga. Porque no se atreve á declarar que fué una crisis ventral, como lo será la suya: de esas que se evitan con un corsé-faja y un poquito de formalidad. ¡Anda, ahora quiere sacar la nota sentimental! «Fué llamado el Sr. Silvela, aquel á quien todos seguíamos...» ¡Mentira, que lo que es tú, buenas rabietaas le hiciste pasar! Pero ahora cambia de tocata. «Fué llamado mi elocuente amigo el señor Maura...» ¡Dale con la elocuencia! ¡Ahí duele! ¿Eh? ¡Esto sí que es bueno! Ahora se han reído todos, mayoría y minorías, y Maura el primero! ¡Qué mala señal es esa, vecino! Es como cuando está uno en la luna de miel y la mujer, sin avisar, suelta un desperozo ó algo peor. Eso es: Maura se ha... desperozado. D. Raimundo ahora se revuelve contra los risueños. ¡Quiere que todos los diputados parezcan dependientes del *New Funeral*, como Villaurrutia? ¡Oiga usted esto! Ya está allí Soriano gesticulando. Garata tenemos. ¡Justo! Dice que eso no es explicación. Villaverde quiere soltarle el bufido más elocuente de su repertorio. «Me alegro de ver á S. S. tan bravo», dice Soriano y se sienta, haciendo un gracioso *batiment*. ¡Dios nos valga! Don Raimundo comienza á manejar cifras. «Tenemos un excedente de 70 á 90 millones.» «Nuestro presupuesto de ingresos es de 1.031 millones y el de gastos de 1.010.» ¡Hijo, se le hace á uno la boca agua oyendo estas cosas, aun siendo enfermas y todo esas pesetas! Bien. Villaverde comienza á ofrecer, lo mismo que las aleluyas de Jauja, en Agricultura, en Instrucción, en Guerra, en Marina... ¡Compadre, qué sueño da oír estas cosas! Esto me recuerda á la genial Loreto, que siempre es lo mismo. Menos mal que ahí, véalo usted, saca Romanones la cabeza, enseñando los dientes para morder. ¡Guau! Ya largó el primer mordisco. «¿Y el presupuesto de 1905? ¿Y el saneamiento de la moneda?» Villaverde se lleva la mano á semejante parte y dice que de eso ya se hablará después. Ahora intenta dar un golletazo á la discusión, hablando del viaje del Rey, para que le aplaudan, como los cómicos aquellos que daban ¡vivas! á Fernando VII... Y sin embargo, llovía; quiero decir, que tampoco le aplauden. Ahora dice que á callarse todo el mundo, que el Gobierno se va al Senado, y mientras tanto, García Alix, Cobián y Besada, sucesivamente, van á amenizar nuestra existencia ejecutando el bonito y socorrido número de la lectura de los presupuestos, de las fuerzas navales y de la ley de Hacienda municipal. Esto es como en el circo cuando recogen la alfombra. (*Pausa larguísima, durante la cual los tres ministros citados leen los proyectos dichos con particular fruición de los maceros.*) Despierte usted, camará, que está ya ahí chillando Romanones, más enfadado que nunca. Pregunta qué Presupuestos se van á discutir. Mire usted, el pobre D. Raimundo, ya empieza á trabársele la lengua

en cuanto le han soltado tres gritos en su cara. Ahora, Romanones, dice que estas cuestiones fundamentales no pueden ser *escamoteadas*. ¿Por qué no? ¡Poquitas veces que habrá habido aquí escamoteos y hasta juegos malabares! ¿Ha oído usted? Los primeros aplausos han sido para Romanones, en cuanto se ha abierto de capa. ¡Pero, hombre, qué bajito habla el ministro de Hacienda! Dice que está afónico, y Soriano, haciendo su pirueta correspondiente, exclama: «¡Esa voz es la de la agonía!» ¡Cómo nos hemos reído todos, y sobre todos, Maura! Y ¡qué mal lo hace García Alix! Este moro de los dátiles se nos va á convertir en el de las babuchas, y va á quedar á esa altura. Dice que son *diabólicas artes* las de Romanones, y el conde le llama *desahogado*. ¡Así me gusta! y luego le dice que ya le conoce. ¡Ya lo creo! El conde y García Alix son uña y carne en Cartagena. ¿Quién es ese que habla, Lhardy? No, don Segis. ¡Hijo, yo creí que estaba en *La Mallorquina*! Pase por hoy el pastel; pero lo que es mañana... mañana van á ser tertas.

SESIÓN-JUERGA DEL JUEVES

¡Vaya un *gori gori* el de Romero Robledo á la memoria de Silvela! ¡Verdad es que bueno hubiera sido el *reciproco* si llega Romero á morir antes! Ea, ahora va Maura á hacer el bonito papel de saltatumbas. ¡Qué maravilla de hombre! Con tal de estar más alto, no le importa poner el pie en la sepultura de un amigo! Pero ¿qué dice? «Esa ramera que se llama lisonja no puede acercarse á un hombre público tan ilustre.» ¡Claro! ¿Qué se va á acercar? Como que ya ha visto á Maura y le ha dicho: ¡Pasa, moreno! Y si no, mire usted cómo le aplauden. ¡Poquito que le gusta á D. Antonio la ramera y tal. Bien; ahora Salmerón ejecuta varios equilibrios sobre la antigua pantomima *El muerto y el vivo*. Ea, D. Nicolás, á callar y á cuidarse. ¿Quién es ese Sr. Albó, que habla, según él, en nombre de los regionalistas? ¿Dónde están esos? ¡Vayan ustedes de ahí, mal hablados, porque, cuidado que el Sr. Albó habla casi peor que Villaverde! Sin embargo, vea usted cómo D. Raimundo introduce la puntita de la daga vacante y le llama á Maura *gran talento retórico*. Ya verás tú ahora el talento retórico ese cómo te va á hacer la merienda.

¡Bien, hombre! Los republicanos, oportunos siempre, quieren prestar su pequeña ayuda al Gobierno discutiendo la carta al cardenal Casañas. Está visto que D. Nicolás Salmerón es el único ministerial de Villaverde; pero hasta eso les sale mal al uno y al otro. ¡Arza, pilili! Discurso del Sr. Muro tenemos. El Sr. Muro es el orador de las tardes lluviosas. Su oratoria parece una gotera que cae en medio del hemiciclo. ¡Miren ustedes que los pobres niños del Instituto, que por fuerza han de oírle todo el año, deben de aburrirse con ganas! Ahora habla D. Segis del artículo 85. ¡Qué amenos ó qué á menos hemos venido para que esto nos divierta! ¡Bravo, bravísimo! ¿Ha visto usted cosa por el estilo? D. Segis aconsejando al país, á las fuerzas vivas, á los empleados, á los agricul-

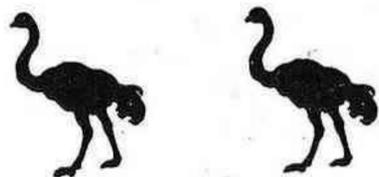


OTRA BOMBA EN PERSPECTIVA

¡ESTA SÍ QUE VA A HACER PUPA...!

tores, que no hagan caso de los charlatanes. Pero este hombre ¿se ha vuelto loco? Contesta Besada, que cada vez tiene más cara de conejo padre. Esta es la baza mayor del Gobierno, ¡parece mentiral! ¡Tan joven, tan gallego, tan aconejado, y ya piedra angular!

Ahí viene Escupejumos. Ya verá usted, vecino, cómo esta noche y mañana la Prensa de todos los partidos vuelve á repetir la vieja gansada de que Maura es un gran orador y un hombre eminente. Bien; ¿ve usted este billete de cinco duros? Pues me le apuesto, digo, se le regalo á usted si en todo lo que diga esta tarde ese eminente orador hay algo que ni remotamente se parezca á una idea. Nada; caen sobre este paño cinco duros, y si quiere usted los casamos con Villaverde. Fíjese usted bien... ¡Ah! y repare que esto también es de la apuesta; repare que los aplausos serán mayores cuanto más gorda sea la sandez que suelte. ¿Ve usted? Ya ha soltado una majadería de las de ene: «Con determinados proyectos sucede lo que con el rescoldo, que al menor soplo se enciende.» Aquí tiene usted á un académico y á un hombre eminente, según los periódicos liberales, pero que no sabe lo que es rescoldo. (*Siguen las tonterías de Maura y aumentan los aplausos, naturalmente.*) Oiga usted la bomba final: «Hay algunas cosas que sólo merecen desprecio.» ¡Uf! Bien; ya ha terminado el discurso; ¿le debo á usted algo? No, ¿verdad? pues en paz; y así será toda la legislatura. Desafío á todos los rebuscadores de ideas á que encuentren siquiera una en cuantos discursos pronuncie de hoy en adelante este hombre. Verdad es que si las tuviera no le aplaudirían esos. ¡Miren qué afligido el pobre González Besada! ¡Miren qué triste el banco azul! Parece un tranvía de las Ventas al pasar de Pardiñas, donde se despiden los duelos. ¡Qué manera de lucir el acompañamiento! ¡Atiza, ya están enzarzados Maura y Villaverde! Soriano dice á D. Raimundo: «¡Que nos entreguen la espada!» Lo más que entregará será el bastón, amigo Soriano; es decir, se entregará á sí mismo. Este Gabinete es del palo de bastos. Ya ve usted: García Alix, Cobián, Besada, ¿los quiere usted más bastos? Bien; ahora Maura larga un estoconazo barrenando, y se retira al estribo entre presiones y amenazas, como dice el pobre Villaverde. Pero, señor, ¿cómo se parece D. Raimundo á Díaz de Mendoza! Es lo mismo: un presidente de calle ó de saloncillo. En cuanto el uno y el otro salen á las tablas, ya están pensando por dentro: «Bueno, y yo, ¿para qué me habré metido en estos berenjenales?» Y todo se les vuelve equivocarse y vivir con el alma entre el apuntador y el traspunte. Por fortuna para Díaz de Mendoza, á él no se le ha torcido la *claque* como á D. Raimundo. Porque lo que es á éste, hoy ya ha habido tortas, como decíamos ayer; pero mañana van á ser naranjas... y puede que botellas...



¡QUÉ PRESIDENTE!

Estuve la otra tarde en el Congreso para ver funcionar á don Raimundo, y un tanto me quedé meditabundo, sobrecogido y triste, lo confieso.

Yo soy un inocente que, como muchos otros, se imagina que todo presidente debe ser elocuente; conocer al dedillo la doctrina que informa á su partido; saberse de corrido los mil y un argumentos que son tan necesarios para poder lucirse en los momentos graves, parlamentarios; y estar, en fin, con el debido empaque á la defensa pronto y al ataque.

Sufro un error, y declararlo quiero... ¡Yo estoy perfectamente equivocado!... ¡Villaverde y García del Rivero no está de tales dotes adornado!

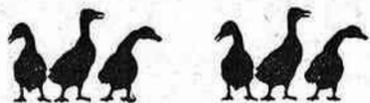
Podrá tener, y yo no lo discuto, valor para afirmarse en su prebenda; será un genio en estado de canuto, que pueda en un minuto devolver su prestigio á nuestra Hacienda; conocerá remedios salvadores que, aplicados con pulso y con medida, levanten los obstáculos traidores que impiden nuestra vida; sabrá dar un avance reformando el sistema tributario, y arreglará un balance que resuelva el problema arancelario... Y al recordar las ansias juveniles que le alegraron en los veinte abriles sus dulces noches de ilusiones llenas, sabrá esconder su abrumador fastidio evocando las plácidas escenas del *Ars Amandi*, del amigo Ovidio.

Todo eso lo sabrá, como es corriente, y ello es acaso lo que más le agrada... Pero ¿ser orador?... ¿Ser presidente?... Lo juro por mi fe: ¡no sabe nada! Nadie me lo ha contado; yo mismo he presenciado su terrible ignorancia y su torpeza; y al verle balbuciente y azorado sentí un débil asomo de tristeza...

Ya su primera tacha consiste en lo abusivo de su facha... En los bigotes ásperos y foscos; que acusan la rudeza de su dueño, y en sus prosaicos ademanes toscos, y en lo duro, en lo frío de su ceño... Dificilmente la palabra emite con una entonación de dos mil diablos; tarda en hacer un párrafo y repite con terrible insistencia los vocablos... ¡Y qué vulgaridades, qué cosas tan tremendas las que espeta este gran forjador de variedades, este Necker con savia de Pucheta! ¡Qué bromas gasta el mundo! Este orador anémico, político infeliz, sabio jocundo, tiene cuanto le place... ¡D. Raimundo no sólo es Presidente, es Académico!

Viendo cómo se alcanza
la altura consabida,
¿quién pierde la esperanza
de llegar á ser algo en esta vida?
Todos, al fin, marchamos
por el mismo camino;
todos somos ansiosos y aspiramos,
y todos ignoramos
las amables sorpresas del Destino.

Yo soy mucho más listo que un conejo,
y no comparo la listeza mía
con la de don Raimundo, que es más viejo...
¿Quién sabe si algún día
llegaré á presidente del Consejo?



... y armas al hombro

Se abrió el Senado, como era de esperar y de temer, puesto que se había abierto el Congreso.

Y en el Senado se creyó en la obligación de colocar unos cuantos chistes, de una sombra nada más que medianita, el exjovent y averiado señor conde de Esteban Collantes.

El cual, no sabemos por qué, nos recuerda al también exjovent y también averiado banderillero José Galea.

El primer recorte es siempre el suyo.

Mas ¡ay! ¡cuán poco eficaz y de cuán escaso arte!

El par de banderillas más seguro es también el suyo.

Pero ¡ay, señor conde de Esteban Collantes, qué manera de sobaquillar!



Ya habrán ustedes leído que el Sr. Maura (don Antonio) viene actuando de reina de la fiesta en el Congreso con la cursilería suya habitual, aumentada considerablemente, porque ahora ya no queda en el Congreso nadie que sepa sonreír á tiempo.

¡Señores, qué olor á *pachuli* comienza á advertirse en el seno de la Representación nacional!

Aquello parece, mal comparado, los juegos florales de Matalaguarra.

La corte de amor la forman los Sres. Dato, Sánchez Toca, Osma y Lacierva.

¡La flor de la balsamina!

¡Qué derroche de chaquets con trencilla!

¡Qué abundancia de botas de caña clara!

Va á ser preciso escribir una nueva *Filocalia*, empastarla y tirársela á la cabeza á los archicursis preopinantes.



Nunca hemos sentido tanto como ahora que la exigüidad de nuestra tirada y la rapidísima marcha de nuestra rotativa nos obliguen á escribir estas villaverderías y armas al hombro con una anticipación tan terrible.

Porque en el momento de cerrar nuestra edición (viernes), Villaverde aún no sabe si es tío ó tía, aunque sospecha lo segundo, en vista de lo que le ha dicho Maura.

«Al Gobierno, ha dicho con un valor semejante al de *Hermosilla* el veterano,—no le queda sino esperar á que haya una votación.»

De modo que hoy (viernes) la situación de don Raimundo y la de Enrique Santos (el *Tortero*), guardan una gran analogía.

El *Tortero* dió una corrida para retirarse de toreo, y después de acabada le aconsejaron que no se retirase, y el hombre perdió la cabeza y ya no sabe qué hacer, pero por ahí anda con la coleta colgando.

¡Hombre, una idea, á ver si cuaja en... vamos, donde cuajan esas cosas!

¿Por qué no confiarle al *Tortero* la Presidencia del Consejo de Ministros?

¡Peor que Maura no había de hacerlo!



En la Alta Cámara, como solemos llamar al establecimiento de la plaza de los Ministerios, porque aquí somos muy amigos de la coba, están celebrándose estos días unas conferencias misteriosas, que hacen pensar á varios sujetos de los que no suelen padecer ese vicio.

Ora Montero Ríos con el marqués de Pidal.

Ya López Dominguez con el mismo.

Si que también alguno de ellos con Azcárraga.

Temblemos por el porvenir de España, en vista de tan graves conferencias.

¿Si irán esos respetables ancianos á tomar alguna resolución que cambie la faz de las cosas?

¿O será simplemente, como nos ha asegurado un portero, que cambian impresiones acerca de un específico que acaba de inventarse, infalible contra los callos?

Aun en este último supuesto, sigamos temblando.

Cuando tanto se cuidan los pies, sin duda es que se sienten en vísperas de gobernar.



En tanto aquí nos ocupamos con Maura y Villaverde, el moro aprovecha el tiempo y el Kaiser también.

Y, por supuesto, el profundo Sr. Villaurrutia sigue sin enterarse de nada.

Son admirables estos especialistas.

Al Sr. Villaurrutia le trajeron al Ministerio en clase de hombre de carrera, y, en efecto, no ha ejecutado más que planchas.

«¡Verán ustedes qué hombre tan maravilloso! decían sus amigos. Figúrense ustedes si sabrá de política internacional, que no sabe ni una palabra de política española, ni habla, ni ha sido diputado una sola vez...»

Y lo dicho, resultó un *fromage* de lo más relevante y declarado.

Como que esa manera de razonar viene á ser la del empresario aquel de que hablaba Arderius.

—Voy á contratar á la Fulana para primera tiple. Ha estado muchos años en la Zarzuela.

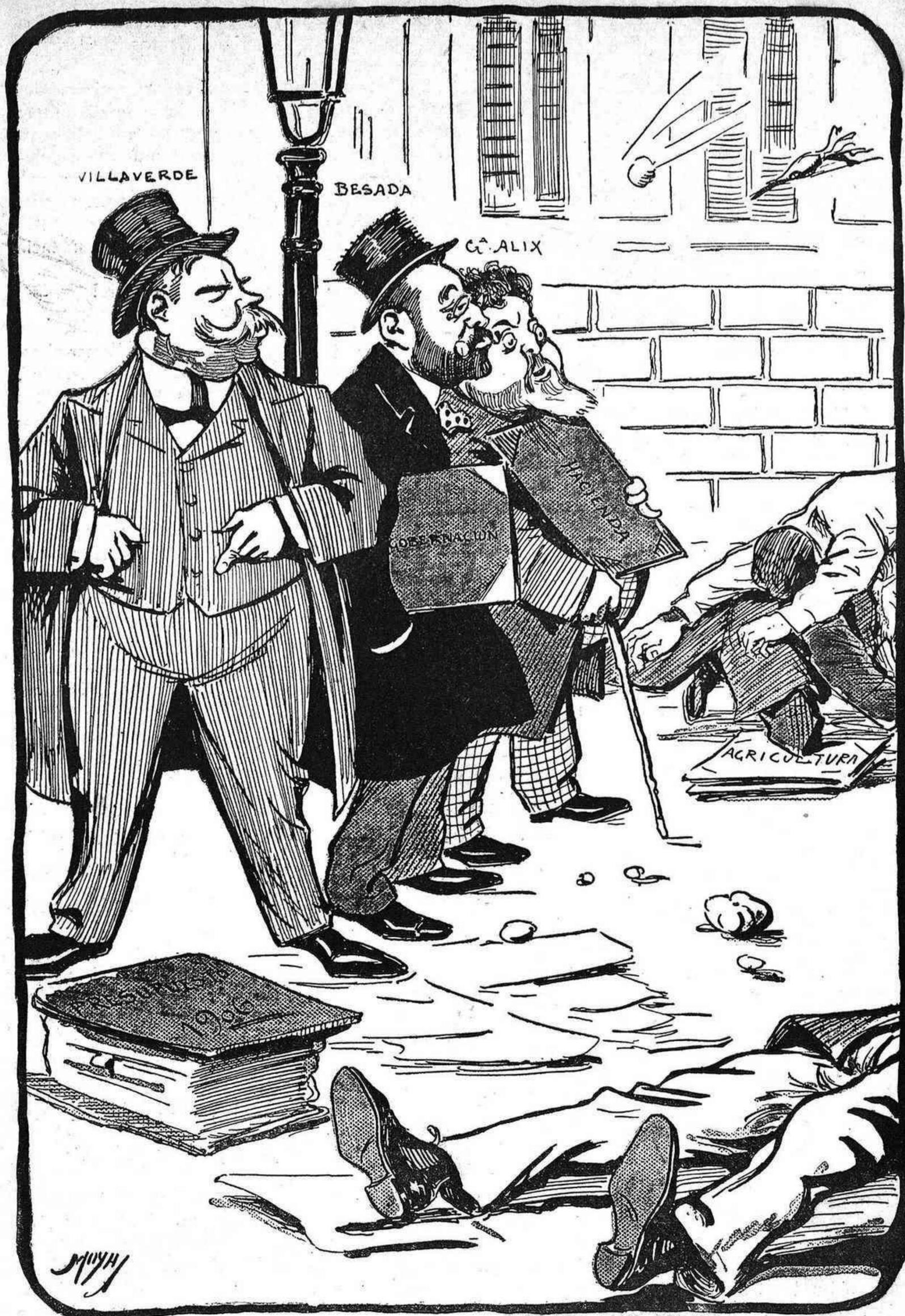
—¿Cantando?

—No, vendiendo agua y aguardiente; pero como todas las mujeres sirven para cantar, siquiera ésta no tendrá los *resabios de las tablas*.

Eso ha pasado con Villaurrutia.

No tenía los *resabios de las tablas*.

Pero lo que es cantar, ni esto (*señalando al cerebro de García Alix*).



FINAL DEL MANOLO

(TRAGEDIA PARA REIR Ó SAINETE PARA LLORAR)

TODA LA COMPAÑÍA.—NOSOTROS ¿NOS MORIMOS O QUÉ HACEMOS?

LA CORRIDA DE INAUGURACION

Por fin, y después de continuos aplazamientos, unas veces por el mal estado del hemicycle, otras por haberse resentido de la herida de la peseta, aún no saneada, el impopular diestro Villaverde, pudo celebrarse la corrida de inauguración de la plaza de las Cortes el pasado miércoles.

Cuando llegó la jardinera con la cuadrilla en busca de D. Raimundo, éste, que se había hecho una minuciosa y coquetona *toilette*, pensando sin duda en las mujeres de la delantera, no pudo menos de preguntar á Besada, su peón de brega, al parecer sin darle importancia: «Augusto: ¿los has visto? ¿Son muy grandes?» «¡Tranquilícese usted, maestro! respondió el de Gobernación, es una corrida muy terciadita, bien aviada de pitones y muy toreable. Sólo hay un berrendo en Romanones y otro Soriano retinto, que parece que se traen lo suyo.» «¿Has dicho, interrumpió el Presidente, que pongan burladeros para García Alix?» «Sí, señor; todo está previsto. Romero me acaba de decir que él va ya para la plaza, y que estemos tranquilos por los avisos; así, que puede usted pinchar toda la tarde, que por hoy no nos echarán ningún toro al corral.»

«¡Sólo me preocupa una cosa, Besadita! siguió D. Raimundo. ¿Que si va D. Antonio vestido de corto y con chorreras oratorias, pidan los del tendido que le ceda los trastos!»

«¡No hay miedo, contestó el de Gobernación; aquí, en confianza, me ha asegurado que sólo bajaría al redondel en el caso de inutilizarse Azcárraga, que se empeñan en que figure como sobresaliente.»

«Puesto que tú lo dices, así será», dijo D. Raimundo, y subió al coche.

Vadillo y Ugarte, antes de salir, pasaron á la capilla de los toreros, y Villaurrutia recorrió el callejón explicando el viaje á París y Londres, ilustrado con algunas insignificantes notas diplomáticas de su cosecha.

Romero sacó el pañuelo blanco, hizo la señal y salió la cuadrilla entre palmas muy tímidas y algunos caramelos.

La entrada, muy buena á la sombra de Maura; detrás del banco azul y en las contrabarreras de las comisiones, bastantes claros muy significativos. En sol y sombra, las localidades de momio, los liberales demócratas y los liberales sin apellido. En la meseta del toril, los republicanos, y entre barreras, Dato y algunos conservadores sueltos.

Villaverde, de salida, da unos lances embarullados al hablar de lo de la crisis, y termina, después de sufrir algunas coladitas, con una larga, muy larga explicación, dejándose el toro en los medios. Después, el propio D. Raimundo toma tres problemas nacionales de á cuarta é intenta cambiar, pero sin adornos oratorios ni consentir, y como puede, entra por el lado de los presupuestos y deja dos comentarios á la media vuelta de la reforma arancelaria. D. Raimundo toma los

trastos, se da dos golpecitos en el abdomen, y dice: «Brindo porque el partido conservador no debe concluir esta etapa sin dejar al país un presupuesto de reorganización, reforma arancelaria y régimen de Tratados; por la afición conservadora y por mi querido amigo el Sr. Maura.» (*Risas en el tendido número uno, que es donde se encuentra D. Antonio después de la jefatura.*) Al salir don Raimundo se oyen algunos siseos que parten de la meseta del toril y de algunos liberales de sol y sombra. Se incomoda el hombre, se acaricia el plomizo mostacho (véase Azorín), y con un programa muy pequeño que le sirve de muleta pasa por alto los aumentos de gastos en Marina, Agricultura y Guerra, lía dos ó tres camelos económicos más, y entra á la querencia de Besada con un golletazo desde París, echándose fuera del saneamiento de los cuatro reales.

Romero Robledo, mezclando las funciones de presidente con las del puntillero, remata al pavo de la crisis después de dos golpes al atentado de París.

El segundo de la tarde es para García Alix; pero no bien el *diestro* intenta dar el quiebro de rodillas á los presupuestos, cuando una lluvia de naranjas cae sobre él. El de Romanones hace por García Alix y lo engancha, sufriendo una aparatosa cogida, de la que sacó roto el uniforme.

La gente, al ver el desavío y que García Alix intenta dar el salto del *superávit*, abandona la plaza, y sólo se queda Villaurrutia para recoger los capotillos y los estoques, que ¡ay! ni pinchan ni cortan.

Lo de siempre: cuando hay toros, no hay toreros.

Se anuncia muy en breve una corrida extraordinaria, en la que D. Raimundo se despedirá del poco público que le queda.

Hasta ahora se le han ofrecido para torearla, que sepamos, el veterano *Hermosilla* y el *Tortero*.

GRAVE GOGIDA DE VILLAVERDE

Se anunciaron para el jueves pasado Mauras, y sabido es el pánico que entre los toreros ministeriales ejerce ese sugestivo nombre.

No hay que decir que si el *maestro* no quiso ni ver á los de Maura, cómo andaría el *peonaje*; el mismo García Alix, que con tanto desahogo ha toreado en otras legislaturas, en esta corrida no se atrevió ni á echar un capote; y si es los demás, en el callejón estuvieron toda la tarde.

¡Qué horrible cogida!

D. Raimundo, al mandar que se retiren los presupuestos de Osma, sale alcanzado, volteado y empitonado por la región presidencial, entre un vocerío ensordecedor, recibiendo una tremenda herida, con rotura de todo el Gabinete.

La herida es muy grave por las complicaciones que puedan surgir, y porque D. Raimundo ha hecho horrores con la Constitución.



FANTASIA MORISCA

EL FAVORITO DE LA VISPERA

NUEVO Y CAPRICHOSO TAPIZ PARA ADORNAR EL DESPACHO DE VILLAURRUTIA